

## PROLOGO

Leer es una aventura. Es adentrarse en un mundo desconocido que se ofrece encerrado en unos límites, los de un libro. A veces nos atrae de tal forma que nos absorbe y llegamos a sentirnos testigos de lo que ocurre, en vez de lectores. Ana Ma. Pi-Buxeda consigue con sus palabras crear ese lugar imaginario al que invito al lector a adentrarse como un viaje excitante hacia lo ignorado. Dejará en seguida de pensar en la niebla unamuniana diaria, en lo cotidiano que forma el entramado de nuestro vivir, para seguir la suerte de Firuzé.

Su camino a través del horror nos atrapa porque tiene los dos ingredientes que caracterizan todo el relato: el ritmo trepidante de la sucesión de peripecias captado por una prosa rápida, ligera, precisa, y la verosimilitud que le aporta la documentación de los hechos aludidos. La autora cuida exquisitamente los detalles; y los hechos, los nombres, los lugares se anclan en una realidad histórica. Lo curioso es que la técnica narrativa de Ana Ma. Pi-Buxeda hace que ese ensamblaje de la trama que crea cobre cada vez más importancia y consiga a veces apoderarse casi del primer plano narrativo. Las mujeres que sufren una situación social insostenible pasan a ser protagonistas de una denuncia, y sus actos, además de dar cuerpo a la intriga, pueden leerse como una reivindicación de unos derechos que como personas se les niega.

La escritora sabe dosificar con maestría la denuncia de la condición de la mujer en los países musulmanes al combinarla con una peripecia de relato de aventuras. Cuando el lector se llena de horror con la experiencia inicial de la heroína, hábilmente interrumpe el curso de la peripecia y comienza, en otro lugar y en otro ambiente, otra que aparentemente nada tiene que ver y que provoca un fuerte contraste. Frente a Beirut y su destrucción, Cadaqués y su playa. Después de los asesinatos y violaciones, una misteriosa bolsita con diamantes. Ya no es Firuzé en su búsqueda desesperada de sus hijos la que nos conmueve; es Clara con su acción impulsiva la que nos arrastra hacia ese nuevo espacio. Dos protagonistas, dos historias, con una condición económica privilegiada en común, pero con un lugar en la sociedad, por su condición de mujeres, completamente distinta. A ambas les caracteriza la fuerza, la inteligencia. Sus apoyos para seguir adelante son también otras mujeres. La autora justifica siempre toda actitud. El pasado de Clara nos hace coherente su posición vital. El presente de Firuzé acumula argumentos para su lucha.

Ana Ma. Pi-Buxeda elabora cuidadosamente su obra, encauza con mimo su inspiración. Decía Chejov que, en un relato bien estructurado, si en la primera página se mencionaba un clavo, en la última el protagonista debía colgarse de tal clavo. Ese concepto de la obra como sistema estructurado está siempre presente en Diamantes de Beirut: no hay elementos gratuitos. Una temprana y honda mirada que parece provenir de un personaje inadecuado tendrá su intensificación en el momento oportuno. Aprender a pilotar un avión aparece al comienzo como una muestra del carácter de la protagonista y de la constatación de su status social, pero tendrá en una ocasión decisiva otro papel. El mismo cuidado que tiene en profundizar en el marco histórico y sociológico en que se desarrollan los hechos, en aportar datos reales de la condición social de la mujer en Arabia Saudí, lo muestra en organizar la estructura narrativa de la obra, en situar en un lugar adecuado de ese espacio imaginario que crea, un dato que más adelante recoge y utiliza como pieza esencial de la trama; y ésta se va construyendo aparentemente sin esfuerzo, con la lógica de la sucesión coherente de unos hechos.

La antítesis que forman los dos mundos que va alternando llevan al lector a emociones muy distintas. Tanto se siente arrastrando por la rebeldía ante una injusticia social flagrante, por el horror de asesinatos y torturas que se suceden, como lee con rapidez las páginas que le envuelven con una intriga sumamente eficaz y que tienen los ingredientes propios del género. El nexo que los enlaza es la figura femenina. Es ella la aventurera; es ella la rebelde. Pero no se la ha despojado de sus sentimientos. Reivindica una situación digna en la sociedad, una igualdad de derechos, pero lucha en esencia para que su hija no tenga que sufrir humillaciones y para que su hijo no pueda ejercer el poder tiránico que una estructura social injusta le otorga y que a él mismo ya no le gusta. Se enfrenta a una organización peligrosa, pero sucumbe ante una mirada. La ternura y el amor tienen su lugar en la obra, porque Ana Ma. Pi-Buxeda sabe

muy bien que no hay que renunciar a unos sentimientos para conseguir una igualdad, que no se deben adoptar las mismas actitudes agresivas (aunque Firuzé, sepa defenderse hasta disparar un fusil); hay otras armas: la razón, la inteligencia, la firmeza de espíritu, que pueden combinarse perfectamente con la sensibilidad, la ternura, el amor.

La eficacia del relato se ciñe a unos hechos que se encadenan y se resuelven con precisión. El lector sabe en seguida que se le lleva con seguridad por dos tramas aparentemente paralelas que llegarán a fundirse en el momento adecuado.

A veces la escritora deja que su capacidad de fabular se alhaje con algún adorno estilístico. "Los recuerdos —dice— son como los tapones de corcho: fuera de las botellas se hinchan y, deformados, ya no vuelven a encajar". La comparación —ingeniosa y original— es el subrayado a unos recuerdos recurrentes de Firuzé, restos de sus espantosas vivencias, y al mismo tiempo es una creación que sobrepasa la obra y queda ya ahí para que el lector la haga suya. Leer, en efecto, es una aventura y un aprendizaje. Nuestra capacidad de ver y de pensar se ensancha con los mundos de ficción, con la combinación de palabras que las obras literarias nos ofrecen.

Diamantes de Beirut nos da además la posibilidad de imaginarnos un final a nuestro gusto. La maestría narrativa de Ana Ma. Pi-Buxeda nos lleva primero a una aparente solución definitiva de la trama, pero luego en un juego de prestidigitación, con un guiño, deja que el lector saque del sombrero las dos posibilidades que le ofrece. Es una ambigüedad de nuevo totalmente coherente con su obra. Hemos vivido unas horas en un mundo novelesco lleno de riquezas, con personajes privilegiados que viven aventuras peligrosas, con final ambiguo, pero en cualquier caso feliz. Y, sin embargo, la intriga apasionante del género esperado trasmina un discurso reivindicativo de los derechos de la mujer y lo hace con firmeza, con el convencimiento de lo evidente, de lo razonable. El discurso entretiene, divierte, pero sus palabras ahondan en el surco de lo justo.

**Rosa Navarro Durán**

Catedrática de Literatura española de la  
Edad de Oro de la Universidad de Barcelona

## FIRUZÉ

¡Mi corazón por testigo! ¡Arráncamelos si faltó a mi palabra! ¡Oh, Dios, tú sabes que no miento! Ellos no tienen la culpa de nada, son inocentes. ¡Ten piedad! Me arrancaré la lengua antes de ofenderte de nuevo. ¡Lo juro por lo más sagrado! Sé que no merezco tu ayuda. No sólo he sido egoísta, sino estúpida. Una niña mimada que se creía con derecho a todo sin entregar nada a cambio. Lo confieso: me he aprovechado del más débil, para alimentar mi orgullo. ¡Cómo me desprecio ahora! He comprendido de pronto tantas cosas ignoradas y el valor de muchas otras escondidas tras su simplicidad... Me avergüenzo de mí. ¡Dios mío, escúchame! ¡Te lo ruego, te lo suplico! ¡Oh, amigo Dios, ayúdame! ¡Ayúdame y yo te juro por todo cuanto creo y amo que jamás volveré a descuidar a mis hijos! Devuélvemelos vivos y no protestaré. Iré a Riad o al fin del mundo sin pensar en otra cosa que no sea su seguridad y bienestar. ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡Palabra de honor!

Mientras Firuzé pronunciaba esta plegaria chillando, clamando a Dios, arrodillada en el fango, con las manos alzadas al cielo, las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y los ojos miraban hacia lo alto, ignoraba su entorno, sin prestar atención a los muertos que la rodeaban, a los gimientes heridos que se lamentaban, suplicantes de una ayuda que nadie les prestaba. Ni se apercebía del hedor que despedían algunos cuerpos medio descompuestos por el calor...

Llevaba varias horas vagando por aquella región devastada: Kfar Nabrakh, una de las más castigadas poblaciones del Chouf. Fraidess, de "pequeño paraíso" sólo tiene el nombre; Deir Durit y Jiyé, completamente arrasadas como casi todas las que hay alrededor de Deir-el-Kamar, la del bello y romántico nombre que significa "el convento de la luna"...

Las gentes de tales pueblos han sido asesinadas, la mayoría degolladas sistemáticamente para aterrorizar a sus habitantes: pueblo por pueblo, caseríos y casas de campo, ciudades y aldeas. En medio del horror se ha encontrado Firuzé cuando, al retirarse súbitamente y sin previo aviso las fuerzas militares israelíes que ocupaban el territorio, sin permitir desordenes a cristianos ni musulmanes en la Montaña, las Falanges libanesas del Chouf han aprovechado la ocasión para ocupar su puesto. Los drusos se han rebelado contra los cristianos que pretendían tomar el poder, y los enfrentamientos que dieron lugar a las matanzas de tantos pueblos, fueron terribles. Más de 140 poblaciones han quedado vacías al huir sus habitantes, los que quedaron con vida después de la masacre. Familias enteras refugiadas en los bosques y sin saber a dónde ir. Sólo heridos y muertos se hallan en sus calles devastadas. La crueldad de la guerra del Chouf, las montañas al sureste de Beirut, ha sido inconcebible. Damour, una ciudad de casi veinte mil habitantes que no se ha podido recobrar de su destrucción hace unos años, parece vacía. ¡Y sólo está a unos veinte kilómetros de Beirut!

Firuzé mira, uno por uno, los cadáveres de niños degollados de edad parecida a la de los suyos. Ruega para no encontrarlos. Ahmed tiene cinco años y Saída tres. Al principio, sus manos temblaban cuando tenía que dar la vuelta a un cuerpecito, a veces con la cabecita medio colgando... Ahora, con un nudo en la garganta endurecida, les voltea, les mira y sigue su macabro camino en busca de algo que no quiere encontrar.

—Sé que no me debes nada, que no soy digna ni de pedírtelo, pero recuerdo confusamente una oración que mi madre me enseñó en mi niñez: Virgen María, jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a ti, reclamando tu ayuda, haya sido abandonado de vos... ¡No me acuerdo! ¡No recuerdo cómo sigue...! Pero tú ya sabes, sí, tú tienes que saberlo... ¡Ayúdame! No me he portado bien. No valgo nada como madre ni como esposa. ¡Oh, amigo mío, Dios mío, tú puedes devolvérmelos si quieres!... ¡No me castigues! Si tienes que hacerlo, que sea yo quien lo pague, no ellos. Sé mi amigo aunque yo no lo merezca...

A Firuzé le da un vahído y cae de bruces, con la cara hundida en el fango lleno de la sangre procedente de un cadáver cercano a ella. Se trata de un joven que acaba de morir: gemía y de pronto, cuando Firuzé se le acercaba, un chorro de sangre brotó de su boca entregando con ella su vida y manchando a Firuzé que intentaba levantarlo. No ha podido resistirlo y se ha desmayado, cayendo de bruces. Se sobresalta al volver en sí y escupe la porquería que se le ha metido en la boca y casi la ahoga: mitad barro, mitad sangre. Ha perdido la noción del tiempo. Ha olvidado cuándo fue la última vez que comió algo... Ni hambre tiene, sólo una profunda sensación de asco y como si una manzana le atravesara la garganta. Nadie la podría reconocer en esta harapienta mujer, sucia, envuelta en un chador roto y deshilachado, calzada con unas viejas botas destrozadas y llenas de barro. Las manos, hace

pocos días tan suaves y cuidadas, no parecen las mismas. Han tenido que hacer tantas cosas... Mover cadáveres amontonados, abrir puertas cerradas, romper cristales de ventanas atrancadas, apartar maderos... Ahora están llagadas, llenas de arañazos y sangran algunas de sus heridas, pero Firuzé no lo nota, se levanta y sigue buscando, revolviendo entre los montones de cuerpos, mientras pide a Dios que sea misericordioso y no le permita encontrar lo que busca. No todos están muertos; algunos, sujetos por el peso de los cadáveres amontonados sobre ellos, no pueden librarse y gimen o chillan, desesperados, temerosos de que los entierren con los muertos si pierden el sentido. "¡Estoy viva, por favor sácame de aquí, no estoy muerta! "

Firuzé tiene la tentación de hacer oídos sordos a la súplica; ella busca a sus hijos y en este montón de cadáveres no hay niños. Sigue andando, pero luego recuerda... "Lo he jurado, le he jurado a Dios no ser egoísta jamás... Es una prueba..." Regresa y empieza a mover cuerpos; pesan mucho y ella no está muy fuerte: lleva dos días sin comer, aunque lo ignora. Le cuesta tirar de ellos, pero cuando consigue apartarlos, la pobre mujer ya está muerta. Firuzé se deja caer al suelo agotada, con los ojos secos. "Tanto trabajo para nada. Creo que ha comprendido que intentaba salvarla y en su sucia cara casi se esboza una sonrisa de agradecimiento. Tengo que reponer fuerzas... Mis hijos me necesitan."

Al hacerse casi continuos los bombardeos en Beirut, Kalid le insistió, le rogó, le mandó que se fuera con los niños a Riad, que él terminaría unos asuntos y los seguiría en seguida. Ella no quiso.

—En verano hace un calor tremendo en Riad. Podríamos esperar a octubre o noviembre e ir ahora a la casa de campo que mis padres tienen en la Montaña, cerca de Deir-el-Kamar, en el Chouf, a más de 800 metros de altura y cerca de aquí. Sólo hay unos treinta kilómetros escasos desde Beirut. Allí no hay bombardeos. Según parece, los israelíes se retirarán definitivamente y las milicias cristianas ocuparán su puesto. La región está bastante tranquila. Tú podrías ir y venir casi cada día. ¿Vale?

—No me gusta dejarlos allí, solos, a ti y a los niños. Ya sabes que al comienzo de la guerra hubo represalias entre los drusos y los cristianos por lo que años atrás hicieron los palestinos.

—Es cierto, pero eso se acabó. Fue en 1976. Ahora hace años que el territorio vive apaciguado. Tú siempre has tenido ojeriza a los drusos; sé que no te inspiran confianza, pero te aseguro que hay de todo. A Susa, Yussef y su familia que, como bien sabes, son quienes cuidan de la finca desde hace años, los conozco bien y les quiero mucho. Si es que así te quedas más tranquilo puedo llevarme parte del servicio: un par de mozos de los que se ocupan de seguridad y el chofer, que es de toda confianza. Además, claro, de Leila, que nunca se separa de los niños.

—De acuerdo, pero pasado el verano nos iremos a Riad. Pones en peligro la vida de todos, la de los niños también, por una cabezonería. Y tú sabes que en Riad estaríamos a salvo.

¡Y no quise! Tan egoísta como siempre, me negué para no tener que soportar sus malditas costumbres saudíes que hacen de la mujer una esclava. Y ahora, aquí, esta horripilante realidad que no se puede creer...

Tres días antes, ya instalados en la finca de la Montaña, Firuzé salió dejando a los niños con Leila, para ir a casa de su amiga Alía. Algunas tardes se reunían allí para jugar al tenis, al bridge o, simplemente charlar y cotillear y al final de la tarde, tomar un refrescante baño en la piscina. Otros días hacían lo mismo en las casas de Firuzé, de Zaida o de Marina, pero aquel martes le correspondía a Alía recibir a sus amigas. Las cuatro tenían sus chalets a pocos kilómetros una de otra, en la falda de la montaña que coronaban Deir-el-Kamar y Beit ed Dine, uno de los lugares más frescos en verano, cerca de Beirut.

Cuando terminaron la partida de bridge, y el calor se suavizaba, quisieron ir a jugar al tenis. Al poco rato oyeron una serie de disparos intermitentes que las alarmaron y que parecían proceder de ametralladoras. Al cesar, se resaltó un silencio más amenazante que los propios disparos a los que se habituaron en Beirut. Se miraron unas a otras y decidieron regresar a sus casas respectivas. Firuzé se brindó a dejar a Marina en la suya, pues le venía de paso y su coche no la esperaba, ya que ordenó al chofer ir a Déir-el-Kamar a comprar unas cosas que necesitaba. Lo cierto era que el chofer aún no había regresado.

—Cuando vuelva, le mandas a casa -le dijo Marina a Alía—. Yo prefiero estar allí con las niñas, no sea que se asusten al oír ese tiroteo que no sé de dónde viene.

—No te preocupes, lo haré.